













Para realizar una testamentaria se venden dos casas... Se vende una NEGRITA criolla de edad de 10 años... Se vende una NEGRITA criolla de edad de 10 años... Se vende una NEGRITA criolla de edad de 10 años...

Se han estraviado en la cañada de Jesús del Monte... Se ha estraviado una mula en el paraje del Cerro... Se ha estraviado una mula en el paraje del Cerro... Se ha estraviado una mula en el paraje del Cerro...

Desde el día 14 del pasado ha fugado la negra Felicia... Desde el día 25 del pasado, ha fugado de la casa... Desde el día 25 del pasado, ha fugado de la casa... Desde el día 25 del pasado, ha fugado de la casa...

Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años...

Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años...

Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años... Se vende una NEGRITA criolla, edad como de 22 años...

Por fin, gracias a la energía de su voluntad, logró hacerse poco a poco dueño de sí mismo. En lenguaje rápido e incoherente trató de demostrarle la imposibilidad de declarar desde luego su matrimonio y de arrostrar la cólera de su padre.

El rayo de alegría que iluminó los ojos de Edmundo, el ardor apasionado de las expresiones de su gratitud, sus trasportes de gozo, todo fué suficiente para dar a Ginevra la tranquilidad que tanto necesitaba su corazón.

Edmundo restregaba el papel entre sus manos. Sus facciones manifestaban una mezcla de cólera infantil y de resolución, violenta y concentrada. Repetía sin cesar a Ginevra: —Ellos cederán... Vive Dios! ¡es necesario que cedan!

Ginevra palideció y se apoyó en un árbol para sostenerse. —Edmundo, me habéis engañado! murmuró. Su amado se volvió hacia ella con una mirada de amor y dolor que le penetró hasta el fondo del alma.

Ginevra cogió la carta y la leyó. Comprendió el pasado, entendió lo porvenir. En su ciega y egoísta pasión aquel hombre que estaba a su lado y le estrechaba su mano la había hecho instrumento de su propia ruina, la había colocado sin que ella pudiese sospecharlo entre él y el deber.

El pasado era irrevocable. Era preciso que amohose prepararan al porvenir. El que había cometido la falta de error debía caminar con espíritu de expiación: la que había incurrido en falta de error involuntario debía seguirle con espíritu de resignación.